

emplea para perderle. -- Tú apruebas, pues, mi pasión, tú la autorizas, debo amar á Jacinto: seré feliz? -- Sí lo serás, porque él será virtuoso: los sucesos corresponderán á mis esperanzas, son bien fundadas.

Qué alegría, qué contento para Rita, temía que su pasión causase su desgracia, y ve en ella su felicidad: puede amar á Jacinto sin recelo alguno: una amiga verdadera se lo aconseja.



CAPITULO XXVII.

La virtud triunfa.

Rita es virtuosa, está llena de mérito, de gracia, de talento: no os engañais en la idea que habeis formado, merece vuestro amor, es digna del título de vuestra esposa, sereis feliz con ella.

Pero yo quiero que vuestra eleccion no sea precipitada, que no os deis arrebatado de la pasion; que consulteis á la razon; que no sigais ciegamente, ni vuestra inclinacion, ni mi dictamen, es facil el que os engañeis.

Consultad la razon que nunca engaña: tomaros tiempo, miradlo con reflexion y madurez; la eleccion de estado es la cosa mas delicada; de ella depende la felicidad ó la desgracia de toda nuestra vida; no solo la nuestra, si tambien la de una inmensa descendencia.

Tratad á Rita, habladla, experimentadla, observad, escudriñad su corazon, procurad conocerla á fondo. Disipad por algun tiempo las ilusiones de la pasion. Y no os resolvais hasta que hayais formado á fuerza de tiempo y experiencia un juicio cierto y seguro de ella.

Informaos tambien de su estado, de sus circunstancias, de su clase, de su nacimiento: es igual á el vuestro; su familia muy noble y distinguida; su

pa-

padre honrado , pero pobre. No tiene madre , la perdió siendo aun de corta edad. Su padre ha procurado darla la mejor educacion. Rita se ha aprovechado de ella. Tiene todas las habilidades que corresponden á su sexô. No es literata , ni pretende serlo , pero tiene alguna instruccion en las ciencias, lo suficiente para hacer su conversacion florida y agradable. Es económica , prudente , juiciosa , aplicada , amante del trabajo , exâcta en el cumplimiento de sus deberes , de sus obligaciones.

Pero yo quiero que estas bellas qualidades las conozcais por vos mismo , y que una reiterada experiencia os persuada , os convenza de ellas.

Asi hablaba Teodora á Jacinto , tales eran los consejos que esta muger prudente le daba.

Jacinto no hubiera querido retardar su felicidad; pero conoció que debia hacerlo para asegurarla mas , siguió los consejos de Teodora , empleó bastante tiempo en observar el génio,
el

el carácter de Rita , se informó de su estado , de su clase , sus experiencias correspondieron con la pintura que Teodora le habia hecho , satisficieron contentaron sus deseos.

Cada conversacion con Rita , cada experiencia , cada observacion le hacia descubrir nuevas virtudes, nuevas gracias en ella ; su gozo , su contento se aumentaba á medida que conocia mas y mas su carácter. Crecia su pasion, se felicitaba , se aplaudia de la feliz casualidad que le habia hecho hallar aquel tesoro tan precioso ; pues en efecto , lo és una muger virtuosa.

Rita procuraba formar el corazon de Jacinto , apartarle del vicio , inclinarle á la virtud; su exemplo era para él , el mayor estímulo, oía sus consejos , y los seguia con la docilidad de un niño , con el gusto , con el contento de un amante.

Rita experimentaba el mayor placer , el mayor contento en ver como los efectos correspondian con sus ideas. El pronóstico de Teodora salia cierto.

Jacinto caminaba á largos pasos ácia el templo de las virtudes ; sus conversaciones respiraban el sentimiento tierno y delicioso de la virtud , se hablaban con libertad , con ingenuidad , no se ocultaban nada , se descubrian libremente su corazon , porque era puro y recto : solo el malvado sabe los rodeos del embuste , de la astucia , y del engaño : el virtuoso se descubre porque de nada teme ; el vicioso se esconde , se oculta baxo la máscara de la hipocresia , porque el vicio es disforme , es aborrecible , y debe temer el ser descubierto.

Rita no ocultaba á Jacinto que le amaba , porque le veia digno de su amor. Los dos se decian mutuamente : no es tu figura , tus gracias , tu hermosura , la causa de mi excesiva passion , es solo la sensibilidad de tu corazon , la sencillez de tu carácter , la bondad de tu génio , la virtud de tu alma , la pureza , la rectitud de tus intenciones ; amo la virtud , desde que te conozco , decia Jacinto , porque

tú pareces la virtud misma: porque no te se puede amar sin amarla. Si yo me separase del camino que conduce á ella, tu memoria sola me volveria á él; te debo mi felicidad, te debo mi dicha, te debo todo mi bien.

Era consiguiente á esto la reforma en las costumbres, en la conducta de Jacinto, dexó sus antiguas amistades compuestas todas de gentes viciosas y corrompidas. Se separó de Agata y de Adelayda. No frecuentó mas las casas de juego: huyó de las concurrencias, de las juntas dañosas y perjudiciales á que antes asistia, reformó su excesivo luxo, sin faltar por esto á la decencia de su clase, ni rebajar en nada el esplendor que hasta entonces habia tenido.

Miró su antiguo estado, y se horrorizó, analizó sus placeres pasados, y vió que eran bien amargos, advirtió que lo que antes creia felicidad, era solo una ilusion, una fantasma. Conoció los peligros á que habia

bia estado expuesto, los males, los daños tan funestos que le habia acarreado su vida pasada.

Las gentes del Gran-Mundo, los petimetres, las coquetas, las personas superficiales, y atolondradas, se reían, se mofaban de la conducta de Jacinto, ridiculizaban su amor con Rita, y lo notaban de extravagancia, de originalidad.

Adelayda picada de su desaire, extendia sátiras amargas y crueles, contra Rita y su virtud. Los ribales de Jacinto forjaban mil cuentos insípidos, que solo su malignidad podia sostener algun tiempo, se aplaudian de que su primer juicio habia sido cierto, y decian que su hombre era un verdadero salvaje, que solo habia podido brillar un instante por sus riquezas. Enrique entraba á la parte en todas las sátiras y cuentos contrarios á la reputacion de Jacinto y Rita. Pero delante de él guardaba el mayor disimulo. Viendo que no podia oponerse á su conducta, fingió

gió aprobarla y aplaudirla, y procuraba conformarse á ella aparentemente.

Jacinto no habia pensado que Enrique fuese la causa de su libertinage. Tal era la buena opinion que tenia formada de él, ó por mejor decir, tal era la bondad de su carácter; al contrario, se imaginaba que las riquezas, la ociosidad, y la juventud, habian sido la causa de la corrupcion de los dos.



CAPITULO XXVIII.

Se ocultará la maldad?

No siempre..... al contrario, es muy frecuente el que se descubra, es muy comun que reciba el digno castigo; engaña, triunfa por un instante, pero tarde ó temprano se descubren sus ardidés y su astucia. La virtud

sola, triunfa al último aunque sea perseguida y abatida, y recibe por fin el premio merecido.

Enrique á fuerza de astucias y ardidés, habia dominado á Jacinto, su maldad se habia ocultado baxo el velo de la amistad; le habia corrompido, conducido al libertinage, á la disolucion. Llegaba ya el instante en que todo debia descubrirse, porque Jacinto amaba la virtud, y el vicio no podia hermanarse con ella.

El mismo Enrique apresuró su ruina, viendo que ya habia perdido el ascendiente que tenia sobre el corazon de Jacinto, que los esfuerzos de Adelayda eran inútiles, pensó valerse de Teodora para que engañase á Rita, y entre las dos sedujesen á Jacinto. El primer proyecto que Enrique formó para trastornar la virtud de su amigo, era malvado, éste era iniquo y disparatado. Bien es verdad que Enrique no conocia la virtud de Teodora y de Rita, y se persuadió que el dinero podria alucinarlas.

Pidió á Teodora una conversacion particular, y la obtuvo: Teodora sospechó alguna cosa. Le señaló hora, y estuvo puntual á ella.

La propuso su proyecto, la hizo ver las ventajas, la ofreció quanto podia lisonjearla.

Teodora no se admiró de aquella maldad, le creía capaz de ella.... ¿Me suponeis, le dixo, tan malvada como vos? Os engañais, vuestras promesas no me trastornan. Mi suerte es mediana, estoy contenta con ella. No apetezco las riquezas, las miro como dañosas, como perjudiciales. El placer de la amistad es en mi superior á todos los que pueden producir las riquezas. Jacinto y Rita son muy amigos, y si vos habeis sido capaz de engañar al uno, yo miraria como el delito mas atroz el engañar á los dos. Sí, soys un falso, un pérfido amigo: sé toda vuestra conducta, es la mas malvada, la mas abominable: habeis corrompido un jóven naturalmente virtuoso: le habeis conducido al

libertinage, y á la disolucion: os habeis valido de los medios mas viles para dominarle, para sujetarle, para mantenerle en la especie de dependencia en que lo teniais, y que tan útil os era: sé vuestros manejos, vuestras intrigas, con la astuta y mañosa Adelayda: sé los medios de que os habeis valido para robarle sus riquezas, y apresurar su ruina.

A este tiempo entró Jacinto, su rostro hasta entonces dulce y cariñoso, se volvió de repente espantoso y fiero. La perfidia de su amigo le habia herido hasta lo mas profundo de su corazon. Le parecia su delito el mas atroz, digno del mas cruel castigo.

Enrique no pudo sostener sus miradas. Quedó tan sorprendido qual si hubiera visto caer un rayo abrasador, su delito le embargaba la voz, no sabia qué decir. ¡Qué temblor! ¡qué confusion! El hombre virtuoso no padece jamas semejantes tormentos, están reservados para castigo de los malvados.

Huye, huye, vil amigo, le dixo Jacinto con una cólera que en vano se esforzaba en contener: escondete en lo mas profundo de la tierra, evita la vista del hombre á quien has injuriado tan pérfidamente. Has abusado de mi sencillez, te has valido del sagrado velo de la amistad para engañarme, para perderme; tu delito exígia todo el rigor de mi cólera: pérfido, eres indigno de vivir entre los hombres.

La cólera dominaba ya á Jacinto: la presencia de Enrique le irritaba, le enfurecia de tal modo, que apenas podia contenerse, la venganza ardia en su corazon.

Iba á tirarse á él y hacerle expiar con la muerte todos sus delitos. Rita entró al instante; su rostro cándido é inocente, semejante al iris que calma y sosiega la tempestad, apagó todo el furor de Jacinto.

La venganza, dixo esta virtuosa criatura, es indigna de una alma grande: los remordimientos que devorarán siempre á Enrique, serán un castigo
mas

mas cruel de sus delitos, que la misma muerte. Que vea nuestra dicha, nuestra felicidad, y este será para él un tormento insufrible. Que conozca que sus astucias, sus perfidias se han vuelto contra él mismo.

Teodora hizo seña á Enrique que se aprovechase de la calma de Jacinto y huyese. Pero dónde iria que no le persiguiesen sus propios delitos. Fue infeliz, fue desgraciado desde aquel instante, aborrecido de todos los que le conocian, odiado de todas las personas honradas.

CAPITULO XXIX.

La Esposa á mi gusto.

Como Jacinto y Rita se habian hallado á la conversacion de Enrique y Teodora?.. Por disposicion de ésta, sos-
pe-

pechó las ideas del falso amigo , y pidió á los dos amantes separadamente el que permaneciesen ocultos cada uno en una habitacion cercana. Quería presentar de este modo á Jacinto una prueba clara y convincente de la perfidia , de la falsedad del que se llamaba su Amigo , hacerle conocer por menor sus maldades , sus astucias y sus engaños , separarle de una compañía tan dañosa , tan perjudicial , y vencer el único obstáculo que podia oponerse á su virtud , y á su felicidad.

Este desengaño fue bien fatal , sin embargo , al sensible , al bien intencionado Jacinto , cayó en una melancolía profunda , considerando la falsedad , la maldad del corazón humano , los males á que habia estado expuesto , los peligros de que acababa de libertarse.

Si no hubiera sido por Rita y Teodora este suceso le hubiera acarreado tal vez la mas funesta desgracia. Para un corazón sensible , la traicion , la maldad de uno á quien creía su amigo ,
en

en quien habia depositado toda su estimacion , toda su confianza , era un golpe de muerte.

Rita disipó su humor melancólico, é hizo renacer la alegría y la tranquilidad. En lugar de entristecerme de este suceso, decia Jacinto debo alegrarme de él, me ha hecho descubrir la perfidia de un malvado , me ha libertado de un falso amigo , y he ganado la amistad de dos corazones sólidamente virtuosos.

Nuevo motivo de agradecimiento, de estimacion. Rita es la autora de toda mi felicidad , ¿quánto no ha contribuido á ella , la prudente , la juiciosa Teodora ! Me han libertado de los peligros que me amenazaban , me han hecho conocer la virtud. ¿Qué debo aguardar ! escojamos una esposa á mi gusto , ¿quién puede ser sino Rita ? ¿ qué otra merecerá su amistad y la mia que Teodora ? ninguno obstáculo puede oponerse ya á mi dicha.

Habló á Teodora. Es ya tiempo, la dixo , conozco bien el carácter de Rita. Estoy seguro de sus bellas quali-

da-

dades: estoy cierto de que seré feliz con su mano. Teodora se ofreció á hablar á su padre, hizo la mejor pintura, del carácter, de las circunstancias de Jacinto, que podria desearse: no añadió nada.

El buen anciano lloraba de gozo, de regocijo, buscó á Jacinto. Vos haceis feliz á mi hija, y llenais mis últimos dias de un verdadero regocijo: no podia proseguir, no podia hablar, se va á echar á los pies de Jacinto, este quiere besar los suyos: sus brazos baxan á detenerle, se quedan enredados en ellos, se aprietan, se unen. Sus lágrimas se mezclan, sus palabras se confunden. ¡Qué sentimientos tan dulces! ¡Qué placer tan inexplicable! porque así como los sentidos no parecen bastar para sentirlo, así las palabras son débiles para expresarlo. Jacinto creía ver en el padre de Rita á su propio padre; le amaba tanto como á él. Este le miraba como á su hijo, y le demostraba un cariño sin igual.

Huyamos, dixo Jacinto, del tumulto de la corrupcion de la Corte; dexemos las grandes poblaciones á los ambiciosos, á los amantes del luxo y de los placeres, busquemos en el campo, en las aldeas la virtud, la sencillez, la inocencia, alli está la felicidad, alli se disfruta de la naturaleza y de sus ricos dones, alli nos ofrece los placeres que niega al ciudadano, y al inquieto habitante de la Corte.

A todos pareció bien la propuesta de Jacinto, convinieron en que se verificarian las bodas, en su pueblo. Los sencillos aldeanos se llenaron de regocijo al ver á su señor, su ayo le salió á recibir, ; cuántas veces habia llorado sus extravíos!

Jacinto conduxo á Rita á los pies del altar, para ratificar solemnemente el juramento que su corazon habia hecho desde el primer instante que la vió, le acompañaban su padre, Teodora y sus parientes, le seguian sus vasallos. El gozo, la alegría, brillaba en el rostro de todos.

Unos

Unos lazos formados, no por el interés, sí por la virtud, no podían menos de conducir á la felicidad; todos hicieron tan próspero anuncio.

En el instante en que Jacinto daba la mano á Rita, sus ojos se volvieron ácia un lado de la Iglesia, advirtió un sencillo monumento que la gratitud el amor de sus vasallos, no la adulacion, habian erigido á su Padre sobre el sepulcro. No pudo detener sus lágrimas. Le pareció que le veía levantar la fria losa que le cubria, asomar su venerable cabeza llena de canas y anegado en júbilo y regocijo, echarles su paternal bendicion, pronosticandoles su felicidad futura. ¡Qué idea tan propia de un corazon sensible!

El gasto de las bodas fue grande. En la Corte no hubiera sido mayor, aún haciendolas con todo lucimiento. Pero este gasto tan considerable, mereció los elogios de todos los hombre de juicio, de todas las personas honradas, el otro solo hubiera

sido aplaudido por quatro locos.

En la Corte hubiera reynado el luxo: todo hubiera sido brillantez, esplendor, apariencia. Aqui reynó la beneficiencia, la sencillez, la realidad. El dinero que en la Corte se hubiera consumido en ricas y exquisitas ropas, se empleó aqui en vestir á un gran número de infelices desdichados. Rita tenia un vestido sencillo que hacia brillar mas su hermosura.

En lugar de costosos equipages, compró un número considerable de todo género de instrumentos de labor que regaló á sus vasallos. No se sirvieron en sus mesas aquellos platos exquisitos y costosos, aquellos manjares delicados que excitan la gula y alteran la salud de los convidados. La comida fue frugal, sencilla, y sobre todo abundante. Las puertas del Palacio estuvieron aquellos dias habiertas para todos. Los patios, las galerias estaban llenas de grandes mesas donde se servia de comer á todo el que se presentaba.

Un sin número de actos de beneficencia, señalaron aquel dichoso día. Jacinto era feliz, y quería que su felicidad se extendiese á todos. Perdonó á sus vasallos sus deudas. Socorrió á los necesitados, á lo infelices. Dotó á las doncellas, protegió los casamientos, dando tierras y bienes á los nuevos esposos, proporcionadoles los medios de que prosperase su industria. Sus pueblos, se prometian una felicidad igual á la que habian disfrutado en tiempo de su padre.

La vida de Jacinto correspondió á tan buenos deseos, fue toda una cadena de beneficios. La pasó ocupado en llenar las importantes obligaciones de ciudadano y de padre de familias: como á tal dió á sus hijos la mejor educacion, fue el bienhechor de sus Pueblos. En esta vida quieta y retirada disfrutó mas felicidad mas contento que en medio de los tumultuosos placeres de la Corte.

Nota. En la pag. 5. dice 'entendido, lea-se extendido.





